

La Hospitalidad tiene rostro de Humildad.

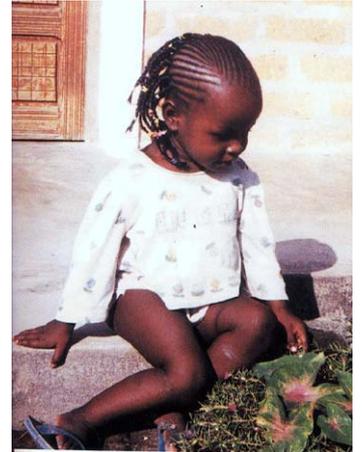
"La humildad, es andar en verdad", decía Santa Teresa.

Para poder acoger a los otros en actitud de hospitalidad hecha totalidad y acogida, es imprescindible poder acoger nuestra propia verdad.

Una verdad compuesta por todo lo bueno y bello que somos de fondo, pero también con nuestros límites y nuestras sombras.

Acogernos en verdad, supone, despojarnos de nuestras máscaras, inclinarnos hacia nosotras mismas y abrazar lo que somos, humildemente.

Apoyarnos en nuestra humildad es avanzar en el conocimiento propio, y este conocimiento nos guiará a la práctica de la verdadera hospitalidad.



El Directorio, en la página 224 nos dice: *"La humildad es una virtud sobrenatural que, por medio del conocimiento exacto de nosotras mismas, nos inclina a estimarnos justamente en lo que valemos"*.

Abriéndonos a nuestro propio misterio, nos abrimos a la realidad de Dios que nos habita y ahí, podemos saborear nuestra propia verdad que nos impulsa a vivir desde la humildad, es decir, a experimentar el GOZO de ser nosotras mismas.

Sólo la vivencia de una auténtica humildad, nos permitirá vivir en VERDAD, y permanecer en ella, porque la verdad nos compromete a vivir desde la coherencia, sin justificaciones infantiles y hundimientos inmaduros.

TRES ICONOS DE HUMILDAD

- **Jesús de Nazaret**

San Pablo en su carta a los Filipenses, nos recomienda: "Tened, pues, los sentimientos que corresponden a quienes están unidos a Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, se despojó de su grandeza, y tomó la condición de esclavo, y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Filp 2,1-8)

Este “humillarse “ de Jesús, le lleva a vivir volcado en la voluntad del Padre. Su profunda experiencia de Hijo, le conduce por los caminos del servicio y la entrega total, no “desde arriba”, sino desde “abajo”, abajándose.

“ Jesús sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Él volvía, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura. Después echó agua en una palangana y se puso a lavar los pies a sus discípulos” (Jn 13,3-5)

La vivencia de la hospitalidad, nos exige vaciarnos, despojarnos de todo signo de poder y autosuficiencia. No podemos “ceñirnos la toalla del servicio”, si no vivimos aligerados interiormente de todas esas actitudes que nos impiden ponernos a los pies de los más pobres.

El manto (signo de poder) y la toalla (signo del servicio) no pueden ir unidos. Despojarnos de todo lo que nos impide “abajarnos” a los pies de los demás, requiere una profunda experiencia de humildad.

La verdadera humildad, no es esa actitud que nos hace creernos que, “ no valemos”, “ que somos poca cosa”, “ que no sabemos”. Es esa actitud de fondo que nos permite levantarnos, vivir en pie, acoger con verdad lo que somos y tenemos, es esa fuerza interior que nos impulsa a quitarnos el manto de las falsas humildades y nos lanza a la entrega en totalidad, con todo detalle, con todo amor, ante las necesidades de los hombres y mujeres de hoy. Sin repliegues y sin buscar nuestra propia exaltación (en nuestra tarea diaria, es importante permanecer conscientes a nosotras mismas, para que no se nos vayan “colando”, necesidades de reconocimiento, afecto, imagen)

La verdadera humildad es esa fuerza que nos permite experimentar el gozo del servicio, y que provoca en nuestro interior la alegría de la entrega en gratuidad.

Jesús de Nazaret, se pone a los pies de sus amigos, “se inclina”, para lavar y limpiar y nos dice: **“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré: Aprended de mí que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas” (Mt 11,28)**

El descanso, la paz, el gozo profundo nacen de la experiencia de humildad, que nos hace abandonarnos en las manos del Padre y nos permite exclamar con el profeta:

“ Tú nos darás la paz,

porque todas nuestras empresas nos las realizas Tú. ”

La experiencia de Dios nos conduce por los caminos de la humildad. Al acoger en nuestra vida el querer del Padre, experimentamos el descanso y la paz de fondo, y es esta experiencia de descanso en la voluntad del Padre, la que nos permite vivir desde la humildad, acogiendo con asombro y novedad, todo lo que somos de fondo, no por nuestros méritos, sino porque somos REGALO de Dios, reconociendo que en muchas ocasiones no sabemos “gestionar” bien este regalo y aparecen en nuestra vida los límites y la pequeñez.

● **El fariseo y el publicano (Lc 18,9-14)**

Contemplamos dos posturas distintas de situarnos ante Dios.

El fariseo, ***erguido decía: yo no soy como el resto. Ayuno... pago...***

El publicano, desde el último puesto decía: **perdóname porque soy un pecador.**

Situarnos ante Dios, desde lo que “hacemos” y con una cierta actitud de superioridad (aunque sea inconsciente), nos impide acoger nuestra propia verdad. Dios no necesita que “hagamos”, quiere, que ***seamos***.

El publicano se presenta ante Dios no con lo que hace, sino con lo que ES.

Su actitud, refleja un conocimiento personal y una aceptación de sus limitaciones; y con eso, se presenta ante Dios. Reconocer nuestra limitación y pequeñez, nos pone en camino de verdad.

Desde la humildad de fondo podemos abandonarnos en las manos del Padre y confiar en su infinita misericordia.

Lo que somos, es lo que podemos dar a los demás. Lo que hacemos, o es parte de nuestro SER, o no tiene valor.

Cuando nos acogemos desde lo que somos, brota en nuestro interior una profunda sensación de humildad, porque podemos percibir y sentir que SOMOS, porque estamos permanentemente recibiéndonos de Dios, y esta sensación nos lleva a experimentar con fuerza el gran don de la gratuidad, unido a una profunda necesidad de agradecimiento.

Sólo desde la humildad, experimento el gozo de ser constantemente REGALADA... “no soy yo, es Cristo quien vive en mí”

● **Fundadores y primeras hermanas**

El espíritu de humildad y sencillez es como el sello que marcó desde el principio la vida de la Congregación.

Los Fundadores, querían, que la Hermandad fuera HUMILDE, pero que derramara por todas partes el bien.

Para poder vivir en plenitud la virtud de la CARIDAD, es necesario un corazón humilde, y para ello, es preciso realizar actos de humildad.

* ***“ A la limpieza de los vasos inmundos, de cinco y media a seis de la mañana, pide que asistan todas, aun las que están de Ejercicios espirituales” (Const. 1805)***

* ***Dependencia de la Sitiada de Zaragoza. Una dependencia que les lleva a aceptar humildemente la intromisión de dicha Institución en la propia vida de la Hermandad.***

* ***Desconfianza y duda hacia las hermanas y P. Juan***

* ***Trato hostil y pequeñas venganzas***

* ***Ser procesadas por la sala del crimen***

* ***Proceso y encarcelamiento de M. María Rafols***

Si repasamos nuestra historia congregacional, no vamos a encontrar documentos escritos, no hay cartas, no hay relatos detallados de la vida de las hermanas, sólo vamos a encontrar VIDA, y una vida plagada de actos de humildad, de silencio, de anonadamiento, de servicio escondido y de entrega silenciosa. Los Fundadores quisieron una Hermandad HUMILDE, y eso es lo que vivieron nuestras primeras

hermanas, una vida humilde, tejida con los hilos de las muchas humillaciones que fueron viviendo en el servicio a los más desheredados.

No encontramos documentos, pero encontramos el rostro del amor hecho hospitalidad hasta el heroísmo. Total silencio, un silencio que llega hasta el extremo de no saber ni el nombre de muchas hermanas que murieron de hambre y de cansancio a favor de los más pobres.

Nuestras primeras hermanas aceptaron humildemente esta situación porque lo más importante para ellas era el AMOR y el servicio hecho CARIDAD a los enfermos y a los últimos.

“Tendrán gran sujeción a los pobres Enfermos respetándoles y reconociéndoles como sus Señores, como en realidad lo son. (Const. 1805)

Una actitud humilde y silenciosa que no les impidió ser voz de las más desfavorecidos, denunciando situaciones de injusticia que suponían un atropello para los más indefensos.

El silencio es total, la humildad fuerte y auténtica, porque gastaron su vida en la brecha. Fueron mujeres en pie, sólidas, arriesgadas, creativas, abiertas a las necesidades de su tiempo... Y todo esto no se puede vivir sin la humildad que brota de la raíz, sin esa verdadera humildad, que hace CAMINAR EN VERDAD

Colócate delante de cada uno de estos tres iconos, y escucha lo que Dios te dice y ve descubriendo tu propia verdad.